

Amigos y enemigos

Toguila18

*Dos viejos comiendo sopa* de Francisco de Goya

La habitación apenas tiene forma. Apenas hay luz. Las paredes se pierden en la negrura y solo la mesa es visible: madera vieja, comida pobre, dos cuerpos vencidos inclinados sobre un cuenco de sopa. No hay reloj. El tiempo aquí se ha detenido o se ha rendido. Somos dos ancianos comiendo sopa. Eso es todo lo que se puede ver. Pero bajo nuestras manos temblorosas se esconden décadas de guerras, disparos y asesinatos. Con los ojos hundidos, no por la edad, sino por lo visto; comemos sopa en el “impasse” entre la vida y la muerte. Como si la historia, al final, siempre acabara así: en silencio, temblando.

---

Ya no tengo dientes, por eso sorbo la sopa como un niño. La cuchara tiembla en mi mano, no sé si por el frío o por mis recuerdos. Delante de mí, el otro viejo come en silencio. No hablamos. Ya no hace falta. Todo lo que teníamos que gritarnos lo hicimos hace muchos años, con fusiles.

Nací bajo un rey que decía gobernar en el nombre de Dios, pero yo aprendí pronto que Dios nunca vivió lo que nosotros. Cuando llegaron las nuevas ideas: libertad, constitución, derechos; sentí que por fin alguien ponía palabras que describieran mis pensamientos. No quería seguir oprimido más. No quería que mis hijos nacieran siervos.

Fui soldado liberal. Luché contra franceses, luego contra los míos. Qué ironía, primero nos invadieron, luego nos matamos entre familiares. Defendí a los míos como si fueran mis hermanos.

Vi fusilar a amigos por pensar distinto. Vi curas bendecir ejecuciones. Vi campesinos morir sin saber ni qué era ser liberal o absolutista. Vi a hermanos matarse entre sí y vi a mis tíos matar a mis padres por defender a sus sobrinos.

Yo sobreviví porque aprendí a callar. La libertad por la que había luchado y matado se volvió innombrable. Me hice viejo esperando que aquellas ideas liberales formaran un país que nunca terminó de nacer.

Sorbo otra vez la sopa y siento que se enfría antes de llegar a la garganta. Pronto también yo me apagaré, sin himnos ni banderas. Tal vez entonces el país siga igual, repitiendo sus errores con nuevas palabras. Pero mientras pueda recordar, mientras alguien sepa que hubo quienes soñaron con algo distinto, no habrán ganado del todo. Yo fui liberal, fui soldado, fui hombre. Y aunque acabé así, sobre un cuenco, nadie me quitó ni quitará haberlo intentado.

El otro viejo me mira a veces con esos ojos hundidos que ya no juzgan. No sé si fue absolutista, si rezó por mi muerte o si simplemente sobrevivió como yo. Tal vez fue enemigo. Tal vez verdugo. Ahora eso ya no importa. Compartimos la misma miseria, la misma vejez desdentada, el mismo caldo que apenas sacia al estómago. La historia nos trituroó igual, aunque marcháramos por bandos distintos.

Ahora solo me queda esta sopa aguada. Mis manos, que empuñaron un fusil por la libertad, apenas pueden coger la cuchara. ¿Valió la pena? No lo sé. Pero si no hubiera luchado, sentiría que había muerto por dentro; mis ganas de luchar por nuestra libertad me habrían consumido.

---

Como despacio. No porque quiera, sino porque el cuerpo ya no responde. La sopa está fría, pero entra mejor así. El viejo frente a mí me mira de reojo. Sé lo que fue. Él también sabe lo que fui yo. No lo decimos.

Serví al rey. Y no me avergüenzo. Me criaron para obedecer, para creer en el orden, en Dios, en la tradición y en la dinastía real. Cuando todo empezó a cambiar, cuando los jóvenes hablaban de derechos y constituciones, yo solo veía caos.

Tomé las armas para defender lo que conocía. Luché contra franceses, sí, pero también contra liberales que querían quemarlo todo. Decían que traían progreso y libertad. Yo vi pueblos arrasados, iglesias saqueadas, familias destruidas. ¿Eso era la libertad?

Pensé que el castigo era necesario para mantener la paz. Acompañé a tropas que fusilaron a rebeldes al amanecer. No dormí bien durante años, pero me repetía que era por el bien de la patria.

Con el tiempo, empecé a dudar. No del rey, sino de la sangre. Demasiada derramada en vano. Vi morir a muchachos que apenas entendían por qué luchaban. Vi viejos como yo convertidos en perros rabiosos, defendiendo ideas que ya no podían explicar.

España siempre fue una madre que devora a sus hijos. Nos prometieron patria, orden, fe, y solo nos dieron tumbas y silencio. Cada rey nuevo venía con la misma cara antigua, y cada victoria olía a derrota. Yo creí que las ideas bastaban para enderezar un país torcido. Qué joven era entonces. Qué ciego.

Ahora soy solo un anciano comiendo sopa. El absolutismo murió conmigo, o quizá me mató él a mí. El rey, Dios, la patria... palabras grandes para una alma vacía.

Miro al viejo liberal frente a mí. Pensé que éramos enemigos. Tal vez solo fuimos dos hombres usados por otros. Si volviese a empezar, no sé qué elegiría. Pero ya es tarde. La guerra terminó hace décadas, aunque nunca salió de mi cabeza.

---

El silencio pesa más que la sopa. No es incómodo, es denso, como una tierra removida demasiadas veces. A ratos, nos perdemos en recuerdos que no pedimos tener. La guerra nos enseñó a sobrevivir, no a vivir. Aprendimos a obedecer órdenes, a disparar antes de pensar, a justificar lo injustificable. La ideología vino después, como una excusa elegante para la

violencia. Nos sentamos frente a frente. Él ve en mí al enemigo que juró destruir. Yo veo en él la amenaza que me dio la justificación de mis actos, pero ahora, sin uniformes, sin banderas, sin jóvenes a los que mandar a morir, nos miramos mutuamente dándonos cuenta de que en otra vida podríamos haber sido camaradas.

A veces sueño con los que no llegaron a viejos. Los veo enteros, con dientes, con risas, con futuro. Ellos quedaron congelados en la pólvora y la tierra húmeda, mientras yo avancé hasta esta decrepitud. No sé si les hice un favor sobreviviendo o si los traicioné al seguir respirando cuando todo se volvió oscuro. La memoria es un tribunal que no cesa, y yo soy juez y condenado al mismo tiempo.

La sopa se acaba despacio como manantial que deja de manar. Ninguno pide más.

